



Cuadernos LIRICO

Revista de la red interuniversitaria de estudios sobre las literaturas rioplatenses contemporáneas en Francia

15 | 2016

Un año. Literatura argentina 1969

1880

Max Beerbohm

Traductor: Mauro Vallejo



Edición electrónica

URL: <http://lirico.revues.org/3168>

DOI: 10.4000/lirico.3168

ISSN: 2262-8339

Editor

Réseau interuniversitaire d'étude des littératures contemporaines du Río de la Plata

Referencia electrónica

Max Beerbohm, « 1880 », *Cuadernos LIRICO* [En línea], 15 | 2016, Puesto en línea el 05 octubre 2016, consultado el 17 octubre 2016. URL : <http://lirico.revues.org/3168> ; DOI : 10.4000/lirico.3168

Este documento fue generado automáticamente el 17 octubre 2016.



Cuadernos LIRICO está distribuido bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.

1880

Max Beerbohm

Traducción : Mauro Vallejo

NOTA DEL EDITOR

El presente texto fue incluido originalmente en el libro de ensayos *The Works of Max Beerbohm*, cuya primera edición data de 1896. La presente traducción ha sido hecha a partir de Max Beerbohm, *The selected essays of Max Beerbohm*, Edición e introducción de Phillip Lopate, *The New York Review of Books*, 2014, pp. 155-163. Las notas al pie son del autor. Las palabras entre corchetes corresponden al original inglés.

Say, shall these things be forgotten

In the Row that men call Rotten,

Beauty Clare?

Hamilton Aïdé

- 1 “La Historia”, se ha dicho, “no se repite a sí misma. Los historiadores se repiten entre sí”. Ahora bien, existen aún algunos períodos con los que ningún historiador se ha metido, y, hecho bastante sorprendente, el período que más me fascina es uno de esos. La tarea que me impongo es por lo tanto más bien hercúlea. Pero es también, para mí, hasta tal punto una tarea de amor que puedo verdaderamente olvidar o incluso regocijarme en su enorme dificultad. Me encantaría haber vivido en esos días remotos, cuando la sociedad fue por vez primera iniciada en los misterios del arte y, sin perder aún su viejo y elegante *tenue*, fue introducida en el murmullo de la porcelana azul y los lirios blancos del pintor Rossetti y el poeta Swinburne. Hubiese sido algo espléndido haber visto los *tableaux* en la Cromwell House¹ o haberme abierto camino a través de la Fancy Fair² y haber dado todo a cambio de un cigarrillo de manos de una pastora; haber caminado en el parque, esforzando mis ojos para lograr una visión fugaz de la Jersey Lily³; haber danzado toda la tarde al son del Vals Manola⁴; haber aplaudido hasta el cansancio a Connie Gilchrist.

- 2 Es una lástima que los historiadores se hayan contenido por tanto tiempo. Pues este período está ahora tan lejos de nosotros que mucho en él es casi imposible de ser comprendido, no poco debe ser dejado en las brumas de antigüedad que lo envuelven. Las memorias diarias son ciertamente numerosas, mas no precisamente esclarecedoras. De escritores como *Frith*, *Montague Williams* o los *Bancrofts*, podrían ustedes obtener solamente un poco de conocimiento característico. Aquel cronista viejo y pintoresco, *Lucy*, se demora, aunque parezca mentira, en el entrecejo de Sir Richard (más adelante Lord) Cross o en la rosa del ojal del Primer Ministro. ¿Pero qué puede decirnos de las negociaciones que devolvieron a Galdstone a la vida pública o de las juntas secretas del Cuarto Partido, merced a las cuales Sir Stafford fue gradualmente eclipsado? Las buenas memorias deben ser siempre una acumulación de chismorreo. El chismorreo (¡ay!) fue asesinado por la prensa. En la taberna o en la peluquería, todos los secretos llegaban a los oídos de todos. ¡Cuán poco de los periódicos puede ser sacrificado! Allí se nos hacen declaraciones y se nos enseña, con tediosa repetición, las cosas que sabíamos, y que no necesitamos haber sabido antes. Durante mi investigación he contado sólo con guías tan pobres como *Punch, or the London Charivari* y *The Queen, the Lady's Newspaper*. Se me sugirió ciertamente la excavación, que en el Este ha sido muy fecunda en valiosos materiales para el arqueólogo. Se me dijo que poco antes de que las Agujas de Cleopatra fueran colocadas en su terraplén, se arrojó dentro de los cimientos una caja de acero que contenía una fotografía de Mrs. Langtry, algunas monedas corrientes y otras tonterías de aquel momento. Estoy convencido de que se podría hacer mucho con una pala, aquí y allá, en el barrio de la vieja Cromwell House. ¡Maldita sea la inflexibilidad de las sacristías! Que ellas sean acusadas, y no yo, por cualquier error, oscuridad u omisión en mi breve *excursus*.
- 3 El período de 1880 y de los dos años posteriores debe ser por siempre recordado, pues marca un gran cambio en la constitución de Inglaterra. Parecería que bajo el tranquilo *régime* del Gabinete Tory, los 10 años previos (tal y como curiosamente se los denominaba en aquellos días) habían tomado un tono un tanto más frío. El Príncipe de Gales había tendido a estar sosegado luego de las juergas de su juventud. La prolongada reclusión de la Reina Victoria, quien por ese entonces estaba dedicada a aquel magnífico trabajo de introspección y auto-análisis, *More Leaves from the Highlands*, había comenzado a inmiscuirse en el sistema social. Eran cada vez más escasos los bailes y otros festejos en la Corte o en las residencias de los nobles. La moda de la Ópera estaba declinando. Incluso en el pico de la temporada, Rotten Row, según leí, no estaba abarrotada de gente. Pero en 1880 ocurrió la trágica caída de Disraeli y el triunfo de los Whigs. Cualquiera que haya estudiado los anales del inigualable Parlamento de Gladstone debe saber cuán grande fue el cambio que sufrió Westminster. El mismo Gladstone, con una monstruosa mayoría detrás suyo, deleitándose en la antigua magnificencia del habla que ni sus sesenta primaveras ni los seis años de malhumor habían debilitado; Parnell, moribundo, misterioso, con su tropel de campesinos locuaces, que estaban por perderle miedo a todos los asuntos sajones –la actividad de tan sólo estos dos hombres habría bastado para hacer de este Parlamento algo extremadamente estimulante a lo largo del país. ¿Qué hay del joven Randolph Churchill, quien a pesar de su discurso vacilante, su porte afectado y su carácter más bien vulgar, fue el más grande parlamentario de su época? ¿Qué hay de Justin Huntly McCarthy, debajo de su máscara pueril, un conspirador de lo más oscuro y peligroso, quien, balanceando suavemente la antorcha sagrada del burlesco, irradiaba con pasmosa claridad la ira y la tristeza de Irlanda? ¿Qué hay de Blocker Warton? ¿Qué hay del elocuente ateo, Charles Bradlaugh, suplicando en el Bar, yendo a grandes pasos más

allá de los furiosos Tories hasta el Mazo [Mace] mismo, y bajando apresuradamente los peldaños de piedra con el paño fino desflecado colgado de su espalda? Escenas así seguramente ya no serán vistas en St. Stephen's. ¡Imagínense la existencia de Dios transformada en un asunto de partido! No ha de sorprender que en una época tan tumultuosa la sociedad más refinada también tuvo que haber mostrado el germen de un gran cambio. Se percibió que la aristocracia no podía vivir solamente en base a la buena procreación. Las antiguas delicias parecían insípidas, pálidas. Se deseó algo auténtico. Y entonces la esfera de la moda confluyó con la esfera del arte, y el resultado fue la revolución.

- 4 Ha de recordarse que mucho antes de esta época había existido en el corazón de Chelsea una especie de culto a la Belleza. Algunos artistas se habían instalado allí, negándose deliberadamente a trabajar de la ordinaria manera oficial, y “obraban”, según ellos estaban habituados a sostener, “para el disfrute y el interés de todo lo que es justo”. Tenían poco contacto con el mundo descarado. No compartían con los hombres más que la luz del sol. Silenciosos y desconocidos, insensibles a todos menos a su oficio, forjaron sus poemas o sus pinturas, se los pasaron entre sí, y siguieron forjando. Meredith, Rossetti, Swinburne, Morris, Holman Hunt pertenecían a esta banda de tímidos artífices. De hecho, la Belleza había existido mucho antes de 1880. Fue Mr. Oscar Wilde quien gestionó su *début*. Estudiar el período significa admitir que a él se debe una parte importante de la celebridad social que la Belleza comenzó a tener. Encendidos por sus palabras ardientes, los hombres y mujeres arrojaron sus caobas a la calle y saquearon los negocios de curiosidades en busca de los muebles de los Annish days. Frisos asomaron en cada pared, girasoles y plumas de pavo se encorvaban en cada rincón, el té se enfriaba mientras los invitados admiraban el Diseño de Sauce [Willow Pattern] de la taza. Unas pocas mujeres atentas a la moda incluso se vistieron con mantas sinuosas y verdes inusuales. En cualquier sala de baile a la que fueras, encontrarías seguramente, entre mujeres con tiaras y dandis y extranjeros ilustres, una decena de atractivos niños sucios vestidos con pana, murmurando sonetos, aparentando, haciendo ademanes con sus manos. La Belleza era requerida en los lugares más insólitos. Pintores jóvenes la hallaron envuelta en las neblinas, y empleados de banco, conocedores de los escritos de Mr. Hamerton, afirmaron, según se les oyó decir cuando volvían apresurados a sus casas desde la ciudad, que el tren subterráneo era hermoso desde London Bridge hasta Westminster pero no desde Sloane Square hacia Notting Hill Gate.
- 5 El Esteticismo (pues así llamaron al movimiento) de hecho no alcanzó a todas las clases. Pero su encanto principal llegó sobre todo al *haute monde*. Los sagrados emblemas de Chelsea fueron vendidos en las jugueterías de moda, sus credos reverencialmente repetidos se volvieron el parloteo de los *boudoirs*. La vieja Grosvenor Gallery, aquel reducto de los privilegiados, fue verdaderamente invadida. Jamás hubo una tal mezcla de gente encantadora como en sus Private Views⁵. Allí estaba Robert Browning, el filósofo, sacándose el sombrero con un rodeo cortés ante más de una duquesa. Allí estaba también Theo Marzials, poeta y excéntrico, y Charles Colnaghi, el héroe de un centenar de batallas de salón, y el joven Brookfield, el actor, y muchos otros buenos muchachos. Mi buen Lord of Dudley, el virtuoso, fue allí, apoyándose en el brazo de su honrada y joven esposa. Disraeli, con sus ojos apagados y su rostro como algún agrietado papiro hebreo, también fue, y susurró desde detrás de su mano al fiel Corry. Y Walter Sickert esparció la última *mot* “del Maestro”⁶, quien, llevando monóculo y sombrero de copa ladeado, se escurrió de manera anónima a través de la jovial gentuza.

- 6 *Autrement*, estuvo Coombe Wood, a cuya sombra Lady Archibald Cabpbell padeció más que una obra de Shakespeare en ser puesta en escena. En este lugar, desde el teatro chillón e indecoroso que la dejó languideciendo, a Thalia se le pidió si tal vez podía, a cielo descubierto, recobrar su antigua hermosura. Toda la moda vino a maravillar y eso mismo hicieron los estetas, y la idea fue concebida en el corazón de uno de sus líderes, Godwin, aquel destacado arquitecto. ¡Verdaderas Obras Pastorales! Para evitar que los invitados recibieran algún rastro nocivo de las candilejas en el pasto, se dio parte solamente a amateurs. Deambularon por un bosque real, estos amateurs desequilibrados [jerkined], con la música del poeta en sus labios. Jamás los forajidos habían saboreado sus venados bajo olmos tan oscuros y alisados. Jamás una Rosalind había rastreado con tan tímido asombro el escrito de su amante en el ladrido, ni tampoco un Orlando había obtenido tales risas por su flirteo no muy deportivo. Más justas que los actores enmascarados fueron quizá las mujeres que se sentaron y los observaron desde el césped. Todas ellas vestían jerseys y faldas que se ataban por detrás. Sombreros Zulú protegían sus ojos del sol. Brazaletes brillaban sobre sus muñecas. Y los caballeros vestían levitas claras y sombreros de copa también claros y con tiras negras. Y los estetas iban de pana, llevando lirios.
- 7 No es que el Arte y la Moda rehuyeran del teatro. En 1880 comenzaron a influirlo como nunca antes. Uno de ellos invadió las *premières* de Irving en el Lyceum. El otro cantó himnos de alegría en honor de los Brancofts. Las obras francesas fueron también el fingido deleite de todo el mundo a la moda. No haber visto a Chaumont en *Totot chez Tata* era considerado un solecismo. Los messieurs y mesdames sencillos de las juntas parisinas fueron “agasajados” (¡qué rara que suena esa frase para oídos modernos!) en salones ducales. En efecto, estaba siendo barrido todo el viejo prejuicio de rangos. Incluso más significativo que la recepción de los actores era un cierto esfuerzo, hecho por aquel entonces, de elevar el promedio de la gracia aristocrática –un esfuerzo que apenas unos años antes hubiera sido seguramente repudiado como bastante indigno y escandaloso. No sabemos y tal vez jamás sabremos qué significaba el término “Belleza profesional”, cómo cualquier dama ganaba su derecho a él. Es cierto, sin embargo, que había muchas damas elegantes a quienes se le confería. Recibían atención especial de parte del Príncipe de Gales, y las anfitrionas estaban dispuestas a mover cielo y tierra para tenerlas en sus salones. Sus fotografías estaban a la venta en la vidriera de cada negocio. Multitudes se reunían cada mañana para verlas empezar desde Rotten Row. Entre las Bellezas profesionales sobresalían Lady Londsdale (más tarde Lady de Grey), Mrs. Wheeler, que siempre “iba de negro”, y Mrs. Cornwallis West, que era Amy Robsart en los *tableaux* en Cromwell House, cuando Mrs. Langtry, *cette Cléopâtre de son siècle* también aparecía, cruzando a pie un arroyo artificial, con el corsé rosa de Effie Deans. Podemos dudar si el movimiento representado por estas damas armonizaba con la dignidad y elegancia que siempre debe caracterizar a la mejor sociedad. Cualquier esfuerzo tendiente a hacer obligatoria la Belleza hurta a la Belleza su principal encanto. De todas maneras, al mismo tiempo creo que este movimiento, en tanto y en cuanto estaba sostenido por un deseo real de elevar el estándar de encanto femenino en todas las clases, no merece las censuras que la posteridad hizo recaer sobre él. Una de sus secuelas inmediatas fue la llegada de damas americanas a Londres. Fue entonces que estas bellas criaturas “vestidas con las confecciones más elegantes de Worth” atravesaron lentamente nuestros portales más reputados. Atizadas como estaban por las plumas del Príncipe de Gales, tuvieron un enorme éxito, y eran tan extrañas que sus voces y sus vestidos fueron imitados *partout*.

Las bellezas inglesas estaban más bien enojadas, especialmente con el Príncipe, a quien echaban toda la culpa por la celebridad de sus rivales. La Historia le reconoce a Su Alteza Real muchos logros notables. El que haya descubierto a los habitantes de América no es el menor de ellos.

- 8 Se verá que en esta renaissance los más entusiastas estudiantes de lo exquisito fueron mujeres. Sin embargo, los hombres no permanecieron ociosos. Desde el día de Mr. Brummell y el Rey Jorge, el noble arte de adornarse a sí mismo había caído parcialmente en desuso. Importantes dandis como Bulwer y *le jeune Cupidon* habían llegado a la ciudad, pero nunca habían hecho escuela. La vestimenta por lo tanto se había vuelto más simple, los guardarropas más pequeños, y las modas eran capaces de durar cierto tiempo. En 1880 emergió la secta que pronto se ganaría el título de “The Mashers”⁷. Ni dos etimólogos alguna vez se pondrán de acuerdo sobre el significado exacto de ese título. Pero de las ilustraciones de moda de aquel entonces sí podemos aprender con claridad qué eran los Mashers en su apariencia exterior; de las sátiras, su modo de vida. A diferencia de los dandis de la época georgiana, no reivindicaban ningún gusto clásico y, totalmente despreciativos de los estetas, no reconocían otro arte que el arte del vestido. Mucho podría escribirse sobre los Mashers. El restaurant –llamado a ser, en los años por venir, un atractivo tan destacado en Londres– era algo desconocido para ellos, pero a menudo eran apreciados en los escalones de los clubs. Nunca estuvieron en el Lyceum, pero por las noches se juntaban en el Gaiety Theatre. Por las noches las butacas vibraban con pequeñas y alisadas cabezas, que soportaban collares de pesos indescritibles. Por las noches, en el *foyer*, se baluceaban los elogios de Kate Vaughan, su baile con gracia, o de Nellie Farren, sus bromas sin par. No había una noche en que la tétrica puerta de los camarines no estuviera rodeada por un anillo de idiotas llevando radiantes ramos, de idiotas de cabezas rubias, que tenían pies como agujas negras, e idiotas elegantes, portadores de bastones. ¡Un culto extraño! Una vez conocí a una dama cuyo padre había estado presente en la primera noche de “Los cuarenta ladrones”, y se enamoró de una de las *coryphées*. A través de vínculos así una época se une a la otra.
- 9 Siempre hay algo más bien absurdo cuando se trata del pasado. Para nosotros, que seguimos aquí, la silueta del Error es nítida sobre el horizonte del pasado. Cuando volvemos la mirada hacia cualquier período, sus modas nos parecen grotescas, sus ideales superficiales, pues sabemos cuán pronto esos ideales y esas modas se echarían a perder, y con cuánta razón; tampoco podemos sentir siquiera un poco el fervor que ellos inspiraron. Es fácil reírse de estos Mashers, con sus vestidos fantásticos y sus vidas apáticas, o de las tiendas de las Bellezas profesionales. Es fácil reírse de todo lo que sobrevino luego de que los actores enmascarados y los borroneadores de lienzos por primera vez deambularan por Mayfair. Así y todo, ¿debo reír? Para mí, el momento más romántico de una pantomima es siempre cuando las hadas aladas y de alambre comienzan a esfumarse, y, a medida que se desvanecen, el payaso y su auxiliar se caen haciendo muecas y dando sacudidas, vistos muy débilmente en ese crepúsculo indeterminado. La condición social de 1880 me fascina de la misma manera. Sus contrastes me fascinan.
- 10 En mi estudio del período quizá caí tan profundamente en su hechizo, que he tendido, una y otra vez, a sobreestimar su verdadera significación. No reclamo en absoluto el valor verdaderamente histórico. Siento que fue un dibujo hecho con tiza de una muchacha que lleva una cofia, firmado “Frank Miles, 1880”, lo que en un comienzo me impulsó a investigar. Para brindar un relato preciso y exhaustivo sobre aquel período se necesitaría una pluma mucho menos brillante que la mía. Pero espero que al considerar, incluso de

modo tan sucinto como lo he hecho, sus aspectos más estrictamente sentimentales, haya logrado aligerar la tarea del historiador científico. Y miro al Profesor Gardiner y al Obispo de Oxford.

Londres, 1894

NOTAS

1. “Cromwell House”. La residencia de Lady Freake, una famosa anfitriona de aquel entonces e iniciadora de un esplendoroso salón, donde incluso la Realeza podía ser bienvenida. El autor de una reciente monografía declara que “muchas de las anfitrionas modernas harían bien en emular a Lady Freake, no sólo en su gusto por lo Bello en Arte sino también por el elemento intelectual en la Conversación”.
2. “Fancy Faire”. Para un completo recuento de esta función, véase pp. 102-124 de los “Annals of the Albert Hall”.
3. “Jersey Lily”. Un imaginativo título concedido, en aquel tiempo, a la hermosa Mrs. Langtry, que era oriunda de Jersey Island.
4. “Manola Valse”. Introducido supuestamente por Albert Edward, Príncipe de Gales, quien, habiéndolo oído en Viena, quedó por un tiempo complacido por su novedad, pero pronto retornó al más animado *deux-temps*.
5. “Private Views”. Este pasaje, que encontré en una crónica contemporánea, es tan pintoresco y tan afín al espíritu de su tiempo que me siento inclinado a citarlo: “Había dando vueltas trajes pintorescos, hermosos, extraordinarios –ultraestéticos, artístico-estéticos, estéticos que se convencieron de que estaban haciendo algo aventurado y que repentinamente desistieron en un punto importante– ponían un bonete frívolo encima de una prenda grave y ondulante que Albert Dürer habría diseñado para un tapiz. Había trajes a la moda que Mrs. Mason o Madame Elise habrían vestido esa mañana. La variopinta muchedumbre se apretujaba, formando grupos, encegueciéndote a veces por el cúmulo de colores que jamás pensaste ver a plena luz del día... Prendas de colores vivos revoloteaban graciosamente entre prendas del verde más triste. Un sombrero mortalmente aquejado de filos y curvas fue visto en compañía de un bonete que era una jovial corona de flores. Una ancha capa que podría haber cubierto la forma de una Mater Dolorosa colgaba al lado de una caperuza Langtry [Langtry-hood] alegremente colorida”.
6. The “Master”. Con este título solían dirigirse sus discípulos a James Whistler, el autor-artista. Sin hacer eco a la calumnia que al comienzo fue propagada ni tampoco a la alabanza que luego fue propagada sobre sus pinturas, debemos admitir que fue, al menos, un gran maestro de prosa inglesa y un polemista poderoso.
7. “Masher”. Una autoridad deriva el título, de modo bastante ingenioso, de “Ma Chère”, la manera en la que la juventud dorada se dirigía a las camareras de la época –de allí la deformación “Masher”. Otro la rastrea hasta el coro de una canción que en aquel tiempo estaba muy de moda en los music-halls. “I’m the slashing, dashing, mashing Montmorency of the day”. En mi opinión, esta es la sugerencia más segura, y debe ser adoptada.